

NO ERES TÚ, SOMOS TODAS



**RELATOS Y MICRO-RELATOS DE LA
VIOLENCIA EN NUESTRAS VIDAS**

**2º Juzgado de Familia de San Miguel
2024**

LAS HERMANAS MIRABAL

Las hermanas Patria, Minerva y María Teresa Mirabal fueron asesinadas por luchar contra la dictadura de Rafael Trujillo (República Dominicana) un 25 de noviembre de 1960.

El movimiento de mujeres latinoamericano el año 1981 instauró ese día como un homenaje a las hermanas Mirabal y como un día de conmemoración contra la violencia que viven las mujeres en el mundo.

La Asamblea General de Naciones Unidas en 1999 se suma a este reconocimiento y lo declara oficialmente como *“El día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer”*.

El presente libro es una iniciativa para compartir *nuestras historias de violencia* en un 25 de noviembre.

Mujeres
2º Juzgado de Familia de San Miguel
2024

PRÓLOGO

De manera espontánea hace unos algunos días, con poquísimo tiempo y con la inspiración de dejar una huella este 25 de noviembre, convoqué a un grupo de mujeres con las que trabajo en el 2º Juzgado de Familia de San Miguel para que en un relato libre y consciente plasmaran alguna experiencia de violencia vivida a lo largo de sus vidas y que quisieran hacer visible.

Esperaba en ese momento, -ahora que está listo “esperamos”- que cada relato se uniera a otro en un mosaico de experiencias que mostraran la violencia y sus mil caras en nuestras vidas.

Día a día me fueron llegando testimonios desde la infancia a la adultez; en la calle y en la casa; en la universidad y el trabajo; en el pololeo, la amistad y el matrimonio, confirmando lo sabido: la violencia está presente en la vida de las mujeres desde el nacimiento a la muerte.

Estoy consciente que abrir la puerta a las victimizaciones ocurridas en nuestras biografías es y será movilizador. Volver en unos pocos minutos la atención hacia nuestras vivencias; algunas sabidas, otras silenciosas, algunas superadas, pero “siempre-siempre” dolorosas deja rebotando una emoción en nuestros cuerpos.

Nos asiste la convicción de que al compartir las experiencias nos reconocemos como parte de un colectivo en una vivencia común, que adquiere múltiples formas e impactos.

Agradezco a todas las mujeres - compañeras de trabajo que decidieron dar testimonio y mostrar algún aspecto de su intimidad para este libro. Todas trabajamos en Tribunales de Familia y a diario leemos historias de violencia, ayudamos y escuchamos a “otras” mujeres que sufren, y por ello, nuestra acción cotidiana está puesta en el afuera.

Este libro, este 25 de noviembre es un gesto que vuelve la mirada hacia adentro reivindicando un “nosotras”.

Ivonne Fernández J.
2º Juzgado de Familia de San Miguel
25 de Noviembre de 2024

ÍNDICE

<i>PAPUCHO</i>	6
<i>MI ANGELITO</i>	7
<i>INVIERNO</i>	8
<i>TRANSPORTE PÚBLICO</i>	9
<i>JULIETA</i>	10
<i>MALOS RECUERDOS DE ADOLESCENCIA</i>	11
<i>A MIS 16 AÑOS</i>	12
<i>DE SHORT Y POLERA</i>	13
<i>CRECIENDO EN LA UNIVERSIDAD</i>	15
<i>AMIGOS NO TAN AMIGOS</i>	16
<i>SUEÑOS DE LIBERTAD</i>	18
<i>ILÚSTRATE</i>	20
<i>EN OTRA VIDA</i>	22
<i>VOLVER A NACER</i>	24
<i>ARMIDA</i>	25
<i>PASILLO</i>	26
<i>HOSTIGAMIENTO</i>	27
<i>MI CUERPO, SU DESEO Y EL DINERO</i>	28

PAPUCHO

Si yo te quería mucho, *¿por qué fuiste capaz de castigarme de esa manera?* Yo no tuve la culpa que el perro saliera a la calle justo cuando íbamos a salir. Era una niña pequeña, que no merecía que la tomaras de sus largos cabellos y la elevaras por los aires. Ese día sentí demasiado miedo. Verte con esa mirada tan agresiva y descontrolada me dio terror. Mi cabeza quedó adolorida por varios días, pero en realidad, más que dolerme mi cuero cabelludo, me dolió el alma empezar a odiarte a partir de ese día; día que me sirvió también para prometerme que nunca nadie más volvería a castigarme ni física ni psicológicamente. Esa experiencia ayudó a forjar mi carácter fuerte a temprana edad.

Pinina, a mis 7 años.

MI ANGELITO

Tenía 7 años y vivía con mi abuela en las parcelas de La Reina. Un día estaba jugando en el patio del colegio y se me acercó el jardinero. Me preguntó *¿te gustan las frutas?*, yo le dije que sí y dijo *¿qué fruta te gustaría comer?* Yo respondí *“me gustaría comer plátanos”*. Me invitó a su casa, me dijo que tenía frutas para darme y que a la salida me fuera para allá. Yo no pensé nada. A la salida partí a su casa, cuando llegué lo ví, me dijo que pasara, que las frutas estaban adentro en otra pieza...

En ese momento algo me dijo que no lo hiciera. No me atreví a entrar. Rápidamente inventé que mi abuela me estaba esperando y me tenía que ir. Lo dejé solo.

Cuando pienso en esa escena agradezco a ese “angelito” que una tiene a veces y que nos da consejos para cuidarnos. Ese día, a los 7 años, lo escuché en mi corazón.

Hortensia, apoyo mantención y aseo.

INVIERNO

Una tarde de invierno cuando tenía entre 10 y 12 años salí antes del colegio, como vivía cerca, me fui a mi casa, pero no había nadie que me recibiera me fui a la casa de mi abuela materna, que se ubicaba un poco más allá de la mía. Caminaba con mi mochila y un paraguas, porque ese día llovía, y un poco antes de llegar a casa de mi abuela sentí que alguien se acercaba rápidamente por atrás, no había nadie más en el pasaje, sólo me di cuenta cuando se fue corriendo que me había manoseado completa. Quedé en shock y nunca hablé de eso. Sin embargo, hasta el día de hoy no puedo caminar por la calle sola sin mirar a cada rato atrás y sentir ansiedad.

Anónimo

TRANSPORTE PÚBLICO

*A mi querida Rosa Miranda que hace muchos años
me enseñó a entender que la violencia
que vive una mujer la vivimos todas.*

Todos los días cruzaba la ciudad desde una comuna lejana para llegar al colegio. Me subía y bajaba de micros amarillos y vagones de metro. Varias veces me iba sentada. Otras de pie apretujada entre la gente. Siempre rogaba que en los apretujones sólo hubiera mujeres -por alguna evidente razón-. En esos momentos y hasta el día de hoy lo hago, trataba de proteger mi cuerpo y que no rozara a nadie, especialmente a un hombre.

Recuerdo que un día iba de lo más tranquila y ligera de preocupaciones, cuando estaba llegando al colegio me paré en la puerta trasera de la micro, toqué el timbre y justo cuando me iba bajando un hombre por atrás me sube el júmer y aprovecha de tocarme. Me doy vuelta sorprendida, en ese minuto la micro parte y veo al tipo agachado en la escalera que me mira. Nada pude hacer, nada pude decirle. Llegué al colegio con una sensación tan rara, asqueada. Aún recuerdo al hombre y su mirada. Aún me miro a lo lejos, ingenua, sorprendida, enmudecida.

Ivonne, psicóloga, 2 hijas.

JULIETA

**A Julieta, que con su coraje
y voz cálida me protegió**

Un día indeterminado de 1990, a mis 15 años, mientras caminaba al liceo por la vereda poniente de Avenida Salvador, vestida con júmer, camisa, calcetines azules, mocasines negros y mochila de jeans, me encuentro con Julieta –una compañera de curso que después sería actriz y coreógrafa- con quien mantuve una conversación irrelevante para mí. Llevábamos dos cuadras caminando desde Providencia cuando advierto que en sentido contrario viene un hombre andrajoso y recuerdo muy bien que pensé, *“es un hijo de Dios como todos, no le haré el quite”* y seguí conversando algo que jamás recordaré. De pronto esa criatura se abalanza sobre mí y agarra fuertemente uno de mis pechos y sonrío. Julieta indignada, grita, insulta, alza sus brazos, mueve la cabeza y yo... quedé paralizada. Cuando logro darme vuelta, ese “hijo del Señor” ya había andado más de una cuadra y cruzado la calle y pensé *“qué hice, qué no hice, qué voy a hacer”*. Ya en el liceo Julieta cuenta a las demás lo ocurrido, a nadie le sorprendió mucho, pero ella seguía indignada y yo avergonzada porque quizás lo miré y de alguna manera atraje su atención. Aún siento que no era consciente del valor de mi propio cuerpo como sí lo era ya en ese tiempo Julieta.

Ingrid, abogada, 3 hijos.

MALOS RECUERDOS DE ADOLESCENCIA

Me costó mucho pensar/recordar o reconocer un episodio personal de violencia por ser mujer. Me voy a referir a dos situaciones de acoso callejero cuando era adolescente.

Iba caminando sola en la tarde -creo aún con luz de día- después de salir del colegio por una calle concurrida de mi ciudad natal.

Vi un joven como yo caminando frente a mí, incluso era casi de mi porte (soy baja) por lo que pensé era menor y de repente sentí que me tocó el trasero y pierna cuando nos cruzamos. Fue muy rápido y quedé paralizada. No le dije nada, ni siquiera me di vuelta, pero me di cuenta que había caminado más rápido en sentido contrario. Sentí vergüenza y rabia.

En ese tiempo, a fines de los noventa, no estábamos tan empoderadas o informadas como ahora y recuerdo que se comentaba entre amigas, pero poco. Si fuese hoy creo que hubiera reaccionado diferente, pero en ese tiempo no pude.

En otra situación sentí más temor porque fue un hombre mayor.

Un día en la mañana camino a un paradero a tomar micro para el colegio veo más adelante a un hombre en bicicleta por la calle.

Veo que sube al pasto del antejardín y después a la vereda y viene en dirección hacia mí (yo pensé al tiro mal). Pasó por mi lado, me intenta tocar y roza su mano cerca de la cara y cuello.

Le esquivé y di un manotazo. Algo le dije que no recuerdo, el tipo se fue rápidamente, yo seguí caminando... No recuerdo mucho pero quedé asustada y seguí mi destino. En la tarde le conté a mis padres, se preocuparon mucho. Mi papá, desde ese día, decidió ir a dejarme al paradero o en auto al colegio...

Anónimo

A MIS 16 AÑOS

Cuando tenía 16 años viví violencia en el pololeo. Un día mi pololo se puso celoso en una fiesta, me armó un show, y de pronto me pegó una cachetada y unas patadas, me sangró el labio y me dejó moretones en mis piernas. No lo podía creer. Me dio mucha pena y rabia, no le conté a nadie, y además lo perdoné, porque -obvio- lloró, me pidió perdón y me dijo que nunca más... Y claro, no fue así. Tomaba alcohol y cuando bebía se ponía a "*darme jugo*". Otra vez me tiró el pelo y otra me pegó una patada en el vientre. Varias veces terminé con él, pero luego volvía ya que me buscaba, me pedía perdón. Llegaba a los lugares donde yo estaba, se ponía a llorar y me terminaba dando pena, pensaba que lo podía ayudar. Un día me aburrí, ya no me importo más, lo terminé para siempre, dije se acabó y se acabó. Me buscó y lloró como siempre, pero esta vez logré mantenerme segura de mi decisión y también quise contarle a mi familia. Siempre supe que no estaría con él para siempre y que saldría de eso, pero me costó, me costó.

Marina, 3 hijos.

DE SHORT Y POLERA

Camino a paso acelerado por Av. La Florida hasta que un semáforo rojo detiene mi andar. Un tipo se me acerca y mi corazón se acelera. Mis manos sudan y mi cuerpo se recoge. Cada milímetro de mi cuerpo se hace presente en un estado de tensión. El semáforo cambia a verde, el tipo cruza la calle. Yo sigo inmóvil y decido cambiar de rumbo para alejarme de él. La presencia masculina desconocida se me ha hecho insostenible. Su simple aproximación es un motivo suficiente para querer escapar, huir. Todavía no estoy lista para andar sola.

Dos semanas antes, un martes a las 10 de la mañana. Ya era primavera, motivo suficiente para bajar los dos kilitos que había subido en el frío invierno. Mi adolescencia quería mostrar el físico que siempre quise tener, así que con un short y una polera, confiada en la vida, decidí aventurarme por las calles poco conocidas del barrio en el que vivía desde hace un año.

Mi trote lento me permitía ir disfrutando de los árboles floridos, de la brisa ya no tan fresca, el trinar de los pájaros, todo parecía un renacer. Ya cansada de tanto correr, decido desacelerar el paso y comenzar una marcha lenta.

No habían pasado ni 5 minutos y percibo una presencia que se me aproxima. Miro atrás y visualizo un hombre de camisa blanca que viene caminando rápidamente

Yo inicio de nuevo mi trote y él corre hacia mí. En cosa de segundos siento que me agarra por la espalda y pone una pistola en mis costillas: *“hace lo que te digo o si no te mato”*. Sentí pavor, mi familia, mis amigos, mis 17 años... Le hice caso a sus órdenes. Me llevó a unos matorrales ocultos. Ahora pude visualizar su arma. Ningún auto transitaba a plena luz del día. Sus manos se deslizaban por mis partes púdicas. No podía soportar lo horripilante de su respiración agitada, el vidrio de su mirada lasciva, tan repulsiva. Mi cuerpo recogido fue impidiendo un mayor contacto *“enderézate mierda”*.

De pronto un furgón escolar se detuvo con la proximidad suficiente para visualizarme. Pegué un grito desgarrador de auxilio. El tipo nervioso me dijo *“no le digas nada a nadie ”* y huyó. Mis súplicas fueron escuchadas.

Verónica, un hijo.

CRECIENDO EN LA UNIVERSIDAD

En mi segundo año de universidad, cuando di la prueba oral de derecho penal -para la cual había estudiado mucho-, el profesor de la cátedra que me había hecho 2 preguntas que respondí muy bien, interrumpió mi prueba y dijo: *"suficiente, muy bien, tienes un 4,5"*. Yo, confundida, le pregunté por qué me ponía tan baja nota si había respondido todo y bien, a lo que él contestó: *"¿Para qué quieres más nota, hablas de corrido, si eres bonita y tienes buenas piernas?, mejor búscate un buen marido, si para eso vienen estas niñitas a la universidad"*.

No sé de dónde saqué valor y le respondí... *"qué más se puede esperar de una persona mayor, irrespetuoso y que apenas camina... con razón me mira tanto las piernas, si con las suyas apenas se mueve..."*. Me di media vuelta y me fui.

Desde ese día prometí que nunca más permitiría que me faltan el respeto, sea quien sea...

Kary, abogada, 2 hijos.

AMIGOS NO TAN AMIGOS

Fruto de una relación que se podría definir como “toxica”, nace mi hija. Estuve más de 10 años con su progenitor hasta que un día no aguanté más, me armé de valor y decidí dejarlo en mi pasado, hasta el día de hoy. Dicho término trajo los clásicos conflictos de padres separados con hijos, en las visitas y en los alimentos. En mi caso, su forma de atacarme fue darle la espalda a mi hija en ambos sentidos. Así fue como empecé con el tedioso camino por los Tribunales de Familia, porque en “casa de herrero...” Llegó el momento en que debía decidir si pedir o no apremios en su contra ya que me daba terror su reacción, pero di el paso, me atreví y desde que salió ese arresto estuve con miedo de andar en la calle sola.

Esto es solo la introducción a mi relato, porque la vivencia que me marcó vino después.

De adolescente tenía mi grupo de amigos, solo hombres y yo. Siempre me sentí querida y protegida por ellos, era un amigo más (entiéndase hombre) según yo. Uno de ellos, uno de mis mejores amigos, conocía toda mi historia con el personaje del inicio del relato. Siempre me escuchó, aconsejó y apoyó, era mi partner. Sucedió que un viernes estaba sola en mi casa. Mi hija estaba con sus abuelos y mi mamá había salido. Me sentía sola, asustada y vulnerable así que llamé a mi amigo para que me acompañara, “*voy para allá*” me dijo.

Compramos cosas para comer y unas cervezas, vimos películas, jugamos “play” y nos desvelamos hasta muy tarde, algo que habíamos hecho miles de veces con nuestro grupo de amigos.

Ya de madrugada, estábamos en mi pieza, se iba a quedar a dormir en mi casa lo que no era novedad. Me dormí. No sé cuánto tiempo pasó, solo recuerdo haber despertado, sintiéndome incómoda y con molestias. Mi amigo, mi partner, mi hermano, en mi momento más vulnerable, creyó que era una buena idea que mientras yo dormía podía meter sus manos bajo mi ropa interior.

Me costó unos segundos procesar todo, aunque sentí eterno ese momento. Estaba congelada, no sabía qué hacer, qué decir, no reaccionaba, no podía entender por qué estaba haciendo eso, ¿a mí?. Solo reaccioné a darme vuelta y alejarme. Al día siguiente ya no estaba.

Jamás tocamos el tema, sin embargo, no volví a estar con él a solas y todo siguió igual en el grupo de amigos, mismas juntas, celebraciones, recitales, etc.

Con el tiempo lo fui olvidando, o quizá para no dejar “la cagá” lo suprimí.

Años después, conversando con otras mujeres sobre experiencias de este tipo lo recordé y lo que más tristeza me da es que esa persona hoy es padre de un niño... y sólo espero que no sea como su padre.

Anónimo

SUEÑOS DE LIBERTAD

Un sueño marcó el punto de inflexión respecto a la violencia psicológica que estaba sufriendo mi madre hace más de una década.

En ese sueño yo me encontraba en mi casa junto a mi madre. Era de noche, de pronto escucho un ruido proveniente de afuera. Era mi padre intentando entrar a la fuerza a la casa. Mi madre me llama desde la habitación en que se encontraba y juntas, desde el segundo piso, veíamos como intentaba hacer ingreso a nuestra morada de forma violenta. Yo, espantada, le intentaba decir a mi madre que no le abriera, pero de mi boca no salían palabras audibles. Le gritaba sin sonido, le suplicaba que no lo dejara entrar pero ella no escuchaba. Ella solo miraba por esa ventana impávida. En ese trance angustioso, le tiraba ropa para que pudiera reaccionar, pero nada. De pronto, me encontré en mi habitación despierta, ya era de mañana. Solo quedó en mi la angustia de haber sufrido esa pesadilla.

Pasó el tiempo y ocurrieron otros episodios de violencia intrafamiliar. Mi mamá los recibía sumisamente; escondiendo su dolores en los momentos a solas o creía que nadie escucharía su llanto.

Verla sufrir cada día se me hacía más insoportable. Éramos dos personas compartiendo un dolor común: la violencia doméstica.

Un día, me armé de valor.

Corría el mes de abril de 2017. Ese día planifiqué con mi madre la denuncia que interpondríamos a mi padre ante el Juzgado de Familia de nuestro domicilio.

Al día siguiente, nos despertamos a las siete de la mañana. Tomamos desayuno mientras mi padre dormía en la habitación matrimonial. Luego, nos fuimos rumbo al tribunal de familia a denunciar.

Encontrándonos en el Tribunal, mi madre no paraba de temblar y yo, resuelta, la ayudé a completar un formulario de denuncia. Después, pasó con la Consejera Técnica a entrevista. De ahí para adelante solo había esperanza de poner fin a años de tristeza, menoscabos, humillaciones, depresión.

Hoy se cumplen 7 años desde esa denuncia y mi padre no retornó al hogar nunca más.

Hoy solo puedo ver en ella paz, tranquilidad y esos sueños de libertad convertidos en propósitos y metas de enriquecimiento personal y laboral.

N. abogada.

.

ILÚSTRATE

A los 21 años la vida me sorprendió con un giro inesperado. Tenía un dispositivo intrauterino, confiando en esa seguridad del "99.9% de efectividad", pero fui ese 0.1%. La noticia del embarazo trajo consigo una mezcla de emociones y desafíos, especialmente en mi relación. La diferencia de edad con el padre de mi hija comenzó a hacerse cada vez más evidente. Él estaba consolidando su futuro, ya encaminado en su carrera, mientras que yo apenas iniciaba mis estudios, descubriendo mi propio camino. Esa disparidad se colaba en cada conversación, cada interacción. Lo que empezó como una conexión, poco a poco se tornó en una dinámica desigual.

"Ilústrate", solía decirme. En sus ojos, mi falta de experiencia y conocimiento se convertían en motivos para hacerme sentir menos. No era una simple recomendación; era una sentencia. Cada vez que daba una opinión, especialmente frente a sus amistades, sentía su desaprobación. Con un susurro incómodo o una mirada severa, me pedía que me callara. *"No digas eso"*, repetía, *"no opines, no hables, ilústrate."*

Poco a poco, esas palabras se convirtieron en una sombra sobre mí. Empecé a dudar de mis pensamientos, a cuestionar cada comentario que hacía. Y, sin darme cuenta, dejé de hablar, de opinar. Me convencí de que debía esperar a "ilustrarme" para ser digna de compartir mis ideas.

Pero ahora, mirando hacia atrás, veo que esas palabras fueron la chispa de un despertar. No necesito que nadie me diga cuándo puedo hablar o qué debo aprender. Hoy sé que mi voz tiene valor, que mi experiencia, aunque distinta, también es valiosa. “Ilústrate” dejó de ser una condena, se transformó en mi propio llamado a crecer y levantarme, a pesar de las voces que alguna vez intentaron silenciarme.

Valeria, profesora, 2 hijos.

EN OTRA VIDA

Siempre he tratado de entregar lo mejor. Demostrar, hacer sentir bien al otro, dar apoyo contención y cariño con la sinceridad por delante, pero al parecer en esta vida no me toca la reciprocidad.

Es tan poco el cariño que he recibido que me conformo con lo mínimo y siempre me estoy cuestionando no ser suficiente *¿por qué siempre deben buscar en otras lo que yo quiero dar a destajo?*

“Loca”, “enferma”, “intensa”, “hincha weas”, son parte de las respuestas que he recibido por tratar de entender el por qué de los engaños, infidelidades, mentiras y ninguneos por parte de quien más he amado.

No supe retirarme a tiempo y dejé pasar los años en las sombras, destruyendo lo que era. Ya no quedaba ni autoestima, ni amor propio, ni validación, solo existía culpa, autocuestionamiento, pensar en lo que me faltaba para recibir amor, atención y sentirme importante para quien era - según yo-, el amor de mi vida.

Cansé a mi entorno con las constantes historias de dolor. No podían entender que era lo que esperaba para cortar con ese martirio. Siempre buscando la razón lógica de la falta de cariño.

Me anulé como mujer sintiéndome inferior a todo, validando la versión de que el problema era yo por recriminar y exigir lo que a los demás les daban pero que a mí no me tocaba recibir.

Hasta que la vida me puso al límite. Necesité y esperé su apoyo, el que nunca llegó. Al contrario, siguieron apareciendo más mujeres en el cuento y desilusiones por doquier.

Toqué fondo, mi alma se secó y entendí que debía partir desde cero, desde mí, armando a la mujer que yo siempre quise ser, aunque a los demás no les agrade.

Me cerré al amor y entendí que tal vez, mi papel en este cuento no es el de la princesa sino del dragón que protege el castillo...

Tal vez, en otra vida el destino me premie con ese amor que tanto añoré.

Anónimo

VOLVER A NACER

*No elegimos quien nos trae al mundo,
pero si elegimos quien queremos ser*

En el descubrimiento de mi niñez encontré los gritos de mi padre, sus golpes en la pared, sus insultos hacia mi madre, su desprecio al beber.

En mi adolescencia alce la voz, sus golpes intentaron silenciarme.

Elegí llorar, continuar, cuidar de mi hermana y reivindicar el alma rota de mi madre.

Nos libramos del tormento. No hay más pesadillas, somos solo tres flores en invierno intentando florecer.

A diario perdono, tomo una vez por semana el té con mi padre, honro mi linaje y valentía de seguir adelante y vivir en paz, procurando que nadie viva lo mismo.

Con cada historia que termina, hay una mujer liberándose de la violencia, un testimonio de esperanza en estos tiempos vale más que todo el oro del mundo.

Valentina

ARMIDA*

Nombre latino que significa “mujer guerrera”

Sin duda cometí muchos errores, el mayor de ellos fue permitir la violencia física y psicológica en mi familia ejercida por mi marido, por tratar -según yo- de hacer las cosas mejor y mantener al padre al lado de mis hijos. No me daba cuenta que les hacía daño y no los favorecía en nada. Cuando él me golpeaba yo inventaba excusas para que nadie se diera cuenta, pero cuando empezó a ejercer violencia sobre mis hijos no lo pude soportar. No sé de donde saqué fuerzas y decidí salir de la casa con ellos. Fue un proceso largo conseguir un crédito hipotecario para irnos a un lugar propio. Mi hijo mayor ya estaba trabajando en esa época y le propuse que compráramos un departamento. De inmediato nos pusimos en campaña. Nos costó 6 meses encontrar nuestro lugar, hasta que por fin lo conseguimos. No me importó dejar mi casa con todo en ella y comenzar una vida nueva. Recibí mucha ayuda de mi familia, padres, hermanos, amigas y amigos para amoblar mi nuevo hogar. Créanme que se puede. Es difícil, pero se puede. Han pasado 13 años, tengo dos hijos profesionales y el menor preparando su tesis. Animo a todas las mujeres a luchar y no permitir que sean violentadas.

Juany, jubilada.

UN PASILLO

Recuerdo mi trayectoria laboral en el Cuarto Juzgado de Menores de Santiago. Era una época muy difícil, había mucha pobreza, costaba encontrar trabajo.

Yo tenía todas las ganas de aprender. Los lugares de trabajo eran muy pobres, con escasa luz, las murallas eran oscuras, los muebles antiguos, las sillas de madera, con máquinas de escribir Olympia.

Se me viene inmediatamente a la memoria un pasillo. Eran tan pequeños los espacios para transitar, el pasillo era angosto. Todos los días circulaba mucha gente, usuarios que pasaban a revisar su causas, niños corriendo. Era un lugar muy frío.

Al caminar por ese pasillo no faltaba el compañero que se aprovechaba, se colocaba detrás rozando su cuerpo contra el mío y decía *“señora no se atraviere”*.

Debía caminar con cuidado...

Con el paso del tiempo me siento agradecida de crecer y entender lo vivido. Fueron tiempos difíciles y los pude superar.

Cristina, 2 hijos.

HOSTIGAMIENTO

Cuando recién ingresé al Poder Judicial tenía 28 años y me ocurrió algo terrible.

Fui acosada sexualmente en varias oportunidades por el secretario del Tribunal.

Un día entré al baño y entra este hombre y me besó a la fuerza.

Sentí mucho miedo y repugnancia hacia su persona.

Nunca lo comenté con nadie, me daba vergüenza, quería olvidar ese episodio.

Algunas compañeras de trabajo se habían dado cuenta que este hombre me molestaba.

Al poco tiempo se enfermó y murió.

Fue un mal momento, casi olvidado.

Tita, jubilada.

MI CUERPO, SU DESEO Y EL DINERO

Y al final, pese a que sentía que éramos muy distintos acepté su invitación a comer. Estábamos en pandemia y me sentía sola. Lo había conocido unas semanas antes y estábamos saliendo.

Fuimos a un lugar muy bello en el barrio alto. Nos sentamos en una mesa en medio de la terraza.

Apenas nos sentamos me habló de su “ideal de mujer”: *“me gustan arregladas, sexys, bonitas, que se saquen partido”*.

Me contó de una polola, modelo famosa que había tenido.

Yo lo escuchaba atentamente, por dentro me sentía extraña. Cada frase que pronunciaba alargaba nuestras distancias. De pronto, en medio de su monólogo sobre las mujeres, me dice *“¿tú te operarías las pechugas? si quieres yo corro con todos los gastos, no tengo problemas”*.

No tuve tiempo para pensar y decir nada. Sólo fue mi dignidad la que inmediatamente me obligó a salir corriendo del restaurant. Me paré, tomé mi cartera, nunca miré hacia atrás, pero si me di cuenta que todos alrededor percibieron algo.

Lo dejé solo en la mesa, y yo, gracias a mi vida, me fui acompañada por todo lo que soy.

Cristina, psicóloga, una hija.

NO ERES TÚ, SOMOS TODAS



NO ERES TÚ, SOMOS TODAS

Estimados y estimadas, quiero contarles que hace 10 días -con muchas ganas y poco tiempo- invité a varias mujeres del tribunal a participar de la creación de relatos o micro-relatos libres y conscientes sobre la violencia en nuestras vidas. La idea era dejar huella de nuestros testimonios para un día como hoy, 25 de noviembre.

Hicimos una publicación digital con todos nuestros relatos, mostrando las mil caras de la violencia hacia las mujeres en la infancia, la adolescencia, la adultez y en todos los ámbitos en que nos desenvolvemos.

Les comparto nuestro libro, que busca reivindicar la dimensión colectiva de este fenómeno y mostrar que nosotras, en tanto mujeres, también hemos vivido en algún momento de nuestra historia. La invitación fue dejar de mirar en el “afuera”: las otras y pasar a mirar el “adentro”: nosotras.

EL LIBRO SE LLAMA “NO ERES TÚ, SOMOS TODAS”.



